



Foto cedida por «La Nueva España»

In memoriam

Tristemente y de forma inesperada, el pasado quince de julio falleció Olaya, nuestra querida gestora de Psicothema, amiga, profesora y compañera en la Facultad de Psicología de la Universidad de Oviedo. La mayoría de nosotros habíamos sido antes sus profesores, ella aún era muy joven. No es justo que tengamos que estar escribiendo esto ahora con el alma hecha pedazos, no es ese el orden natural de las cosas.

Es inevitable que cuando pensemos en Olaya se asocien con ella las ideas de inteligencia, tenacidad, confianza, madurez, trabajo, alegría, empatía, bondad y belleza. Todas esas cualidades y virtudes le daban a su persona una densidad que explica que su falta produzca una gran conmoción y un frío vacío entre aquellos que la conocieron. Hay personas que pasan a nuestro lado, ligeras y aéreas. Notamos su desaparición por un ligero temblor en la superficie de nuestra vida, pero pronto llega la calma y con ella el olvido. Otras, por el contrario, sólidas y densas dejan al partir de nuestro lado intensas ondulaciones, afectándonos a muchos de forma muy intensa, prolongada y variada. La muerte de Olaya encaja sin lugar a dudas en esta segunda categoría, y su desaparición deja en nosotros una profunda y doble huella. A la inmensa pena que produce la pérdida de alguien cercano y querido que estaba en plena juventud, se une la certeza inconsolable de que se ha ido alguien muy valioso para nuestra ciencia y profesión.

Si el alma de las publicaciones como Psicothema está en las personas que la hacen posible, podemos decir sin lugar a dudas que nuestra revista ha perdido una parte importante de la suya. Durante muchos años, Olaya ha estado en la sala de máquinas de nuestra revista, fijando nuestro estilo y contribuyendo a hacer realidad los deseos de su Comité de Dirección de que Psicothema sea un portavoz digno de la Psicología española. Investigadores, profesionales, autores, revisores, administradores, editores y personal de administración han conocido su buen hacer. Somos conscientes de que lo que se ha conseguido le debe mucho a su tenaz, trabajadora e inteligente gestora.

Su corta carrera académica ha sido brillante y extraordinariamente meritoria. En los ocho años transcurridos desde la lectura de su tesis doctoral, acumulaba más de setenta artículos científicos publicados en revistas nacionales e internacionales de prestigio, y multitud de otras publicaciones en libros y congresos. Su docencia era muy valorada por sus alumnos. Ya hacía cuatro años que había adquirido la acreditación más alta a la que podía optar, la de Profesor titular de Universidad. Los premios extraordinarios de Licenciatura y Doctorado, el Premio al investigador joven otorgado por la más importante sociedad científica (CPDD) para el estudio de las drogodependencias en USA, la beca BBVA para investigadores jóvenes de reconocida valía, y multitud de reconocimientos a sus presentaciones científicas en congresos dan fe de que eran muchos los que se daban cuenta del extraordinario valor de su trabajo. Su esfuerzo, empeño, perseverancia y dedicación siempre estuvieron acompañados de un carácter alegre, noble y positivo que hacía las delicias de los que trabajaban con ella. Hemos perdido a una brillante investigadora y mejor persona.

Su concentrado esfuerzo académico no impedía a Olaya tener otras muchas aficiones y habilidades, cultivar la amistad de sus amigos, desear y conseguir tener un hijo, vivir la vida con plenitud. Muchos lamentaremos no tenerla solícita a nuestro lado cuando se trataba de manejar las nuevas tecnologías y desentrañar las razones enigmáticas de algunos desastres informáticos. Estaba especialmente orgullosa de su habilidad con las telas, de las que obtenía vistosos y elegantes vestidos, tan alegres y originales que siempre impulsaba a alguno de nosotros a recomendarle que buscara su futuro en el mundo de la moda, del que, tal vez, podría obtener mejor pago que de la universidad. Endulzaba nuestra vida no solo con su presencia sino también con el producto de su horno, del que brotaban estupendos bizcochos, cinamon rolls (herencia de su estancia en la Universidad de Columbia de Nueva York), panes dulces y otras exquisiteces. Todo lo hacía bien.

Muchos echaremos de menos su eterna sonrisa, su sensibilidad, su fino sentido del humor.

La vida que se truncó el pasado quince de julio era la de una amiga y compañera que siempre será recordada con admiración, cariño y afecto por todos los que la conocimos. Mucho de nosotros se fue con ella, pero al menos nos dejó el tesoro de su recuerdo y el placer de haber conocido a una persona sobresaliente, que nos inspirará el resto de nuestras vidas. Siempre vivirá en nuestros corazones, no la olvidaremos nunca.

